

UN VIAJE A VENEZUELA

(Traducción)

Los países de América del Sur.—El viaje.—Una colonia holandesa.—Puerto Cabello.—La Guaira.—Caracas.—La ciudad, sus habitantes y sus singularidades.—El *Carnaval*.—La *Semana Santa*.—La *Plaza Bolívar*.—Abandonan Francia y miran hacia Estados Unidos.—

Mientras que, como pueblo feliz, atravesamos la tierra misteriosa, muy cerca de nosotros hay pueblos nacientes que se abren vía penosamente por entre la historia humana, que luchan brava y oscuramente por abrirse paso entre las ruinas que obstruyen sus antiguas ciudades y sus incultos campos.—La *Biblia* dijo la verdad: los hijos pagan por los pecados de los padres:—las repúblicas de América del Sur pagan por los pecados de los españoles.

Cuando se ve a estos hermosos países amenazados, como siempre lo están, por naciones avaras, roídos por sus odios domésticos; buscando, con desesperados esfuerzos, un modo de satisfacer su amor al lujo, en medio de sus indígenas que temen a los blancos, de sus aristócratas que aborrecen a los negros, de sus aldeanos que no trabajan por miedo de ver sus campos arrasados por las revoluciones, de sus hombres brillantes envilecidos por la necesidad de vender a los triunfadores afortunados su talento y su honor;—cuando se ve, a pesar de todo, crecer a esos pueblos, y aspirar a la vida, y exigir en su bello idioma español, con su fogosa e inagotable elocuencia, un lugar en el senado de los grandes pueblos,—uno se siente conmovido por la suerte de tan valientes luchadores, que no recibieron de sus padres sino la ignorancia, los rencores intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones, madres fecundas de toda guerra permanente y de toda miseria incurable.—Estos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroe en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarrollado:—aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan simples y tan humanas, que no habrá razón de temor: precisamente porque se han consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del siglo próximo, no saben cómo vivir en este siglo.—Allí todo es prematuro y precoz—tanto los frutos como los hombres. Los ideales más generosos, los sueños más puros, ocupan en ellos los desvelos del estudiante, los días del hombre maduro. Criados como parisienses, se asfixian en su país: solo en París sabrían vivir bien. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia: no es preciso haber comido la ensalada negra de los espartanos para admirar a Leónidas.—Cuando el pueblo en que se ha nacido no está al nivel de la época en que se vive;—es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo: pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo.—

Hay, por suerte, un equilibrio perpetuo tanto en la naturaleza de los pueblos como en la de los hombres. La fuerza de la pasión se contrapesa con la fuerza del interés. Un apetito insaciable de gloria conduce a los hombres al sacrificio y a la muerte; pero un instinto innato los impulsa al ahorro y a la vida. La nación que desconoce una de esas dos fuerzas, —muere.—Hay que guiarlas juntas, como a los dos caballos de un carruaje.—Y esta es la razón de las desgracias de los países sudamericanos: la fuerza de la pasión ha sido hasta hoy más grande que la fuerza del interés. Se desprecia el dinero: se adora la idea. Ser rico—no es allí sino un objetivo secundario. Ser conocido, ser glorioso, ser grande: he ahí el objetivo de sus esfuerzos.—Lo que anuncia días mejores para estas repúblicas tan simpáticas y abnegadas, es que la fuerza del interés comienza a querer nivelarse con la fuerza de la pasión. Pretende incluso sobrepasarla, lo que sería útil durante cierto tiempo, para compensar por el exceso temporal de una fuerza, lo que ha habido de exceso permanente en la otra. Para los hombres modernos, vivir, por ruda que la tarea de vivir sea, es un deber: se es martillo, ¡hay que golpear el yunque!—Morir ha sido el deber en estos países de América del Sur. En la guerra de independencia, a comienzos del siglo, morir para ser independientes; después de la victoria sobre los españoles, morir para ser libres. Una indefinida necesidad de libertad domina y extravía a estos países nuevos: no ven el bienestar público, esa gran fuerza política que se llama el bienestar general, como un medio de garantizar la libertad; creen, en lo cual se equivocan, que solo la libertad puede asegurarles su bienestar.—Son como águilas que no caben ya en sus jaulas. Como los pájaros de sus selvas, prefieren morir antes que ser esclavos. No quieren creer en las virtudes eficaces de la evolución progresiva: para ellos, no hay más salvación que la revolución violenta. Sin embargo, son malos fundamentos para un país las pasiones que la guerra crea.

Esperan de una constitución política el consuelo de sus males y el desarrollo de la nación, sin considerar que no serán lo suficientemente fuertes para tener una constitución política respetable y duradera hasta que no sean lo suficientemente trabajadores y lo bastante ricos como para que el interés general haga suya y preserve la fórmula de las libertades que deben garantizarla.

Anotamos estas observaciones sobre el terreno: venimos de aquella tierra que vio nacer a ese hombre, que fue amado por Washington, Bolívar, que fue menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la hierba que antaño comieron los caballos de aquel formidable héroe, cuyas hazañas deslumbran como relámpagos, cuyos soldados, sin otros bajeles que sus inquietos corceles de guerra, se arrojaron al mar y sitiaron y tomaron las naves españolas; de aquella tierra venimos, en la que nació el intrépido centauro, el hombre del dolmán rojo, del corazón ancho, de las miradas centelleantes, que murió entre nosotros hace algunos años, infeliz y—José Antonio Páez. Venimos de

Venezuela,—con los ojos maravillados aún ante tanta obra maestra de la naturaleza; con la esperanza renacida frente a los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos, abrir sus ríos al mundo;—y con el corazón entristecido por las razones históricas que todavía por algún tiempo harán subsistir en estos territorios tan bellos los rencores que los roen, la pobreza que los debilita, el combate pueril e indigno entre una casta desdeñosa y dominadora que se opone a la elevación, a la vida de las clases inferiores—y esas clases inferiores que mancillan con desbordamientos de pasiones y de apetitos la pura fuente de sus derechos. La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abaten con su rencor infatigable:—la libertad es una loca robusta, que tiene padre, el más dulce de los padres—el amor; y una madre, la más rica de las madres—la paz.—Sin amarse, sin ayudarse mutuamente siempre serán un país raquítico. La felicidad es el premio de los que fundan,—no de los que se destruyen.

Venezuela bien vale el viaje que hay que hacer para llegar hasta ella: hay que atravesar durante doce días, bajo un cielo siempre azul, un mar también azul.—Son como para desear la tormenta,—ese cielo y ese mar implacablemente bellos.—Después de haber dicho adiós a nuestra maravillosa bahía, uno no se asombra de la grandeza del mar, ni de sus ruidos, ni de su majestad, ni de su belleza: salimos de Nueva York.—Allá, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad, está el mar lleno de hombres.

Al alba del octavo día abrimos los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad; una posesión holandesa. Esta ciudad es como algunos grandes hombres: hay que mirarlos de lejos. Cuando uno desembarca, la ilusión, como una flor atrapada en una atmósfera miasmática, se desvanece.—En ella no hay más que calles sucias, casas amarillas, figuras enfermizas, negras gritonas, negros desvergonzados: es como una eterna querella entre loros: se maldicen, se insultan, se amenazan con matarse, se alzan los remos como para partirse la cabeza,—pero si cae el remo, es sobre la cabeza del cándido que interviene para calmar esa tormenta de aire. Las peleas de los negros de Curazao,—este es el nombre de la ciudad,—son como nubes rugientes de las que jamás se desprendería un rayo. La ciudad,—llena de criollos indolentes, de holandeses que representan a la Metrópoli, de judíos ricos, de refugiados políticos de Venezuela y de Colombia, con bigotes negros como el regaliz y ojos brillantes como la lámina de una espada—está atravesada por un brazo de mar. Sus pequeños barcos,—llamados *ponchos*, una especie de góndola, sin colgaduras y sin poesía, atraviesan, como moscas de mar las aguas tranquilas:—algunas veces transportan a un monje—otras veces,—a uno de los potentados de la ciudad vestido de lino blanco;—y otras veces, a un burrito lindo y paciente.—Por la tarde, a la puesta del sol, el suelo arenoso, las casas amarillas, el cielo rojizo, dan la impresión de un incendio que se apaga en silencio. La noche cae solemnemente sobre la triste ciudad: es como un cementerio poblado de seres

vivos.—Las gentes de Curazao—excluidos los holandeses que hablan su lengua materna,—hablan un español espantoso y un dialecto mezquino, sin fuerza y sin gracia,—el *papiamento*—: es el español con terminaciones holandesas: por *suffrimiento*,—*suffrimientoe*, por *católicos*, *catholikanan*. Curazao vive de la sal que la isla produce y del contrabando con Venezuela.—La isla es árida como una cabeza calva. Los árboles, pequeños como arbolitos de Navidad, no tienen más que espinas. Todo lo que se come viene del exterior. Como carne,—solo hay carneros endeble y lastimosos, lo que provoca la desesperación de los alemanes, esos comedores de carne cruda, que en Curazao se encuentran en gran número, como por toda América: y hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela,—y es curioso escucharlos decir: “Estos países deben ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar La Guaira, tomar Puerto Cabello, tomar Maracaibo.” Ciertamente, y es eso lo que el señor Bismarck enseña: “no hay más que tomar”.—Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.—

Se deja a Curazao; se llega, pocas horas después, a Puerto Cabello, una ciudad pequeña, pobre y medio arruinada, que hace todo el comercio de Valencia, la segunda ciudad del país, muy cerca del puerto. Pero está animado, y lleno de gentes que trabajan, este pequeño Puerto Cabello, con su jardín riente, cargado de platanales, de limoneros, de naranjos, de guanábanos, de dulces frutas del trópico,—que parece, rodeado por su verja de hierro, como un cesto de flores que marcha al encuentro de los viajeros. Paseando por él, se ve a las gentes del país, gritones y felices, con pantalón blanco y sombrero de Panamá; se refresca uno copiosamente con agua de coco, bebida en su propia nuez, donde sabe mejor; uno se lamenta de la pobreza de la ciudad, de la desigualdad de sus calles, del abandono excesivo de las gentes pobres; se compra una botella de ron de Maracaibo,—un lugar de pescadores, conocido por el coraje de sus hijos, antaño famosos por las hazañas de los filibusteros que la convirtieron en su víctima,—pero cuyo ron blanco no vale lo que el viejo ron rojo de Jamaica; se acuesta uno en el barco junto con el sol, y por la mañana se levanta frente a La Guaira, puerto de mar de Caracas, donde el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París, y quien sirvió bravamente a la Revolución y combatió junto a Dumouriez, permaneció largo tiempo en prisión, culpable de haber despertado la idea de la independencia en América del Sur: fue un verdadero gran hombre, serio y poderoso. La ciudad—arrojada irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada y tortuosa, alegre, como encabritada sobre sí misma, antaño rica, y siempre capaz de serlo. Vista de lejos—es como un tropel de bonitos cachorros de perros acostados sobre un vientre inmenso. Durante los dos últimos días del viaje, no hemos visto más que montañas: sus pies entran en el mar: sus cabezas traspasan las nubes. Vistas desde el mar, parecen como una hilera de colosales soldados, dignos porteros de una tierra tan bella.

Para ir a Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre; donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió; donde Bolívar, un Júpiter, nació;—donde se levantan a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros, donde se ha pensado tanto en lo grande y donde se ha sufrido todo lo terrible; donde la Libertad—¡tanto luchó allí!—se envuelve en un manto teñido por su sangre,—hay que lanzarse al seno de esos colosos, bordear abismos, cabalgar sobre sus crestas, escalar picos, saludar de cerca a las nubes. Al comienzo del camino, en La Guaira, al tomar la *diligencia*, el carruaje en el que se hace el viaje, uno quisiera despojarse de todos los vestidos:—tan rudo es el calor,—a mitad de la ruta busca uno los vestidos del vecino, porque los propios son insuficientes: comienza el frío.—¡Y qué bella ruta! Es una carretera sobre precipicios: se respira un aire bueno durante el camino—el sabroso aire del peligro. No hay que mirar hacia abajo: el vértigo nos invade. En el presente, con una rapidez febril propia de los cuentos de hadas, y que honra la inteligencia y la actividad del país, se construye un ferrocarril tortuoso y audaz, que atravesará, como un juguete de acero, aquel amasijo de montañas. Será como el mango de un abanico chino, sobre el que vendrán a reunirse los diferentes ferrocarriles, ya estudiados y trazados, que se extenderán como flechas agudas, rompiendo las selvas perezosas, sacudiendo las ciudades dormidas, por todas las comarcas del país.—

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. El suelo, como una doncella, se despierta a la más leve mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay sobre la tierra un país tan bien dotado como este para establecer en él toda suerte de cultivos. Allí se pueden sembrar papas y tabaco:—té, cacao, y café; la encina se eleva junto a la palmera. Se ven en el mismo ramo el jazmín de Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el plátano: existen todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; las orillas del mar, las orillas del río, las llanuras, las montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las faldas de un volcán. Esta tierra es como una madre adormecida, que durante el sueño dio a luz una enorme cantidad de hijos.—Cuando el labrador la despierte; los hijos saldrán del seno materno, robustos y crecidos, y el mundo se conmoverá con la abundancia de los frutos.—¡Pero la madre duerme todavía, con el seno inútilmente lleno! ¡El labrador del país, que solo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada! Toma, como los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, como un bohemio, canta, seduce, combate, muere. En esta naturaleza virgen, los hombres del campo tienen todavía costumbres grandiosas y llenas de orgullo.—El desprecio de la vida, el amor al placer, son el recuerdo arrollador de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Cuentan sus hazañas en largas tiradas de versos que llaman *galerones*. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las

ramas de los árboles,—todas las suaves melodías de la selva, interrumpidas por los gritos terribles del huracán. Sus alegrías, como sus venganzas, son tempestuosas. Beben agua en la *tápara*, una ancha fruta vacía, de corteza dura. Se sientan en sus cabañas sobre cráneos de caballos. Sus caballos tienen alas bajo sus espuelas. Encantan a las mujeres con su gracia; con su fuerza, derriban toros.

El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere América del Norte,—donde el trabajo está desarrollado, la vida es tranquila y la riqueza es probable. En Venezuela hay *isleños*, nativos de Islas Canarias, una posesión española; hombres rutinarios, de vidas estrechas, con la mano torpe, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras y venden la leche. Cultivan el maíz.—Hay algún que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre.—Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que elaboran mal.—Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un apartamento miserable, y lustran botas. He aquí, pues, unas bodas imposibles entre semejante tierra y semejantes hombres.—Se necesita un hálito de fuego para despertar a esta gran durmiente: hay que romper el encantamiento a golpes de arado: hay que lanzar la por esos campos húmedos y fragantes: tal ujier debe anunciar a la naturaleza la noble visita del trabajo humano.—

En la ciudad, una singular vida semipatriarcal, semiparisiense, espera al viajero. Las comidas que allí se sirven, exceptuando algunos platos del país; las sillas en que se sientan, los trajes con que se visten, los libros que se leen,—todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son por completo familiares. En su inteligencia como en su suelo, la menor semilla que se arroje fructifica abundantemente. Son como grandes espejos, engrandecen la imagen que reflejan: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Solo que se desprecia el estudio de los asuntos esenciales de la patria;—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales;—quieren aplicar a sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos del todo diferentes. Allí conocen de maravilla el interior de Victor Hugo, las buenas palabras de Proudhon, las proezas de *Les Rougon-Macquart* y *Naná*. En materia de República, una vez que han imitado a Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: quieren ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal, nombrado por los Estados. En literatura, viven apasionados con los españoles y los franceses. Aunque nadie habla las lenguas indígenas que se hablan en el país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet, a Lamartine. Resulta pues una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente, y las necesidades reales y urgentes del pueblo que debe ser dirigido. Las soluciones complicadas y sofisticadas a las que llegan los pueblos antiguos, nutridos con las viejas serpientes, con los odios feudales, con impaciencias justas y terribles,—las transacciones de una forma brillante, pero con una

base frágil, por medio de las cuales se prepara, para el próximo siglo, el desencadenamiento de espantosos problemas,—no pueden ser las leyes de la vida para un *país* excepcionalmente constituido, habitado por razas originales, donde la misma mezcla ofrece caracteres de singularidad,—donde se sufre por la resistencia de las clases laboriosas, como se sufre en el extranjero por su expansión;—donde se sufre por la falta de población, como se sufre en el extranjero por su exceso.—Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, nada tienen que curar en la selva del Amazonas, donde aún se adoran divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar en el libro de la Naturaleza, cerca de sus miserables cabañas.—Un país agrícola necesita una educación agrícola.—El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla el espíritu de entidades falsas. Un pueblo nuevo tiene necesidad de pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia a los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura,—mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y por las agitaciones de un orden personal y poético,—que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.—

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. Entre esos hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física impuesta por la abundancia de la Naturaleza que los rodea;—llevados, además, por el desarrollo febril de sus inteligencias a las más altas esferas del apetito, la pobreza les resulta un dolor amargo e insoportable. No creen que la vida sea, como es, el difícil arte de escalar una montaña;—sino el brillante arte de volar de un solo impulso desde el pie hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la ociosidad: se entregan entonces a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas, y acumular sus fortunas con el ahorro de cada día, como por el goteo de cada día se forma la estalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole la eclosión, y sueñan.—Pero llega el amor,—el amor a una mujer distinguida, —el amor sudamericano, rápido como una llama, imperativo y dominador, exigente y morbosos. Es necesario casarse, poner casa lujosa, vestir a los hijos con exquisitez, vivir al uso de las gentes ricas, gastar—en suma—mucho dinero.—¿Dónde ganarlo, en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen: hay que ponerse a los pies de los amos, que odian los talentos viriles, y sienten placer en quebrar los caracteres, vencer la virtud, embridar la inteligencia. La clase inteligente y culta está así desacreditada y como aniquilada por esa servidumbre vergonzosa, a tal punto, que se mira ya, con una cierta justicia de un ojo desconfiado a los hombres de letras,—el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de letrados en apuros. Los mantienen, con su atrevimiento y sus medios de

fuerza, en su posición de riqueza fugaz; los letrados pagan dando apariencia y fórmula de legalidad a las voluntades del amo.— Y ¡qué héroes ha producido esta tierra!—Al observar el vigor con el que acaba de recordar su valentía, un joven dotado de gran talento y noble orgullo, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro: *Venezuela heroica*, se diría que ya que se comprende todavía a los héroes, se podría aun serlo.—Pero si en los hombres inteligentes de *Venezuela*, bastante numerosos y bastante destacados como para ser tratados como clase, se podría desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay entre ellos, como en casi todo el mundo en el país, una condición que seduce:—la abundancia de corazón. Dan todo lo que tienen, y piden aún más para dárnoslo. Se le exige al extranjero una honestidad probada, y una vida virtuosa; pero se le estima y se le recompensa. La generosidad se toca con la prodigalidad. Sienten placer en gastar el dinero, y consideran un honor despreciarlo.—La sonrisa siempre está en los labios de las gentes. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable porque hombres y mujeres conversan admirablemente. Se interesan por nuestros dolores. Uno habla de sí mismo. Uno siente que no está perdido en el mundo, como una hormiga o una mariposa. Se disfruta ese dulce placer

[...] y de muebles venerables, heredados de antepasados; donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros serenos y soberbios, donde los ojos, en lugar de mirar, ordenan; donde los labios, en lugar de hablar, queman. En Caracas hay una fiesta curiosa, en la que se pueden ver más mujeres hermosas de las que se ven en cualquier reunión igualmente numerosa, en cualquier otro país, incluso aunque fuera el nuestro: es el *Carnaval*.—El *Carnaval* era antes en Venezuela una fiesta abominable que propiciaba toda clase de suciedades y peligros. Se arrojaba agua por toneles desde las ventanas sobre los transeúntes; los transeúntes, provistos con toda clase de armas de defensa, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían sus ventanas. Pero algunas veces era cosa bien distinta al perfume. Entonces, la soberbia nativa de los hombres se despertaba terriblemente, y si bien besaban la mano de mujer que los empapaba de la cabeza a los pies, también mataban a algunos infelices mal avisados que no tenían el derecho natural que se otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años—la fiesta ha transcurrido bien: es un enervamiento de alegría aristocrática, un esparcimiento elegante, una fiesta para los ojos. Imagínense una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al viento. La tarde es clara; el cielo, azul; el sol, suave; las casas, a ambos lados de la gran calle Candelaria, donde se celebra el *Carnaval*, colmadas de mujeres. Nada de trajes, nada de máscaras espantosas, nada de contornos ocultos: es una fiesta al aire libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar de las justas, se pasean sobre preciosos caballos del país o en carruajes

engalanados con los tres colores nacionales: el amarillo, el rojo y el azul, entre dos filas de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramilletes de flores. Las aceras están llenas de paseantes.—Sobre los sombreros de seda y los trajes negros ha caído una lluvia de polvos de arroz. Al pasar ante una ventana, una de sus amigas le lanza a la cara un puñado de papeles de colores,—usted se quita su sombrero de seda, al que llaman en Caracas *pumpá*, por imitar el ruido del cañón al que se compara el malhadado sombrero, y un torrente de almidón se derrama sobre sus cabellos negros.—Algunas veces, cuando llega la noche y la impunidad es casi segura, nueces, cáscaras de papas, tortas calientes son arrojadas por una mano violenta sobre los rostros de los transeúntes.—Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, bombones exquisitos, joyas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas, y espoleando sus caballos, se acuestan sobre el cuello de las bestias, y parten como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos.—Leónidas hubiera podido presentar batalla bajo esos palios volantes de confituras, de almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de *caraotas negras*, los *black beans* del país.—Durante los tres días de este fantástico paseo, se hacen ricos regalos.—Una suma considerable se gasta al año en regalos de familia, para cada casa de Caracas. No importa nada que los campos no estén cultivados por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos para exportar; que de la pobreza general provenga un malestar grave y sensible; que la maquinaria nacional completa ruede, todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en las dependencias del Gobierno; que el propio Gobierno viva solamente gracias a las enormes contribuciones que impone a las pobres gentes que trabajan, o a los pobres comerciantes que importan artículos extranjeros:—no por eso se vive menos a la manera parisiense; no por eso se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir:—se despliega un lujo supremo, realzado por una elegancia instintiva, en el atavío de las mujeres.—

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la *Semana Santa*. En ella se destacan prodigalidades locas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden.—Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana hasta la tarde. El Señor moribundo es el pretexto; pero no se piensa más que en cantar bien en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad;—en maravillar a los curiosos, en vencer a los rivales.—Están los alegres vestidos nuevos, arrastrando por las calles abundantes sus colas grises, rojas o azules; allí les exigen a los hombres agrupados a la puerta de los templos, el premio a la belleza, allí las larvas que se han convertido en mariposas sacuden sus alas, y con

movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean con su primer vestido de mujercita:—Como paisaje, no hay nada más bello. Los vestidos de color vivo, al sol de la mañana, parecen desde lejos flores en movimiento, balanceadas por el aire amable sobre la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado con los perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de las mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría tenerse sobre una de nuestras manos.—No parecen criaturas humanas, sino nubes que sonríen, estrellas pasajeras, sueños que andan:—son ligeras, e inasequibles y esbeltas como los sueños.—Es una mujer notable—la *caraqueña*.—El marido, para satisfacer las necesidades de la casa, o su amor insaciable de bellezas, puede poner en subasta su dignidad política:—porque de su dignidad personal están peligrosamente orgullosos:—pero nada quiebra la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente;—elegante: una virtud que se inspira dulcemente, sin alarmismos de cuáquero, sin severidades de monja.—Estas mujeres tienen el don de detener a los hombres atrevidos con una sonrisa. En sus casas se habla con ellas a ventanas abiertas: uno se siente encantado, y lleno de fuerza, y enervado por una dulce bebida:—si uno las encuentra en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés, pero fríamente. Nuestra jarra de flores cae a tierra. El bello *Don Juan* se aburriría de lo lindo en Caracas.—Allí no existe la *Doña Inés*, ya que la inteligencia superior de las mujeres es una salvaguarda contra las seducciones de los enamorados: allí no hay conventos, aunque la rejita de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que deja ser uno, todavía puede hacernos pensar en ellos.

Aunque casi todo el mundo es católico, podría decirse que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser aburrido. A veces se defiende con ardor las preeminencias de la Iglesia; se las defiende con una tenacidad que podría hacer creer en una fe sólida; aún se observan, en el fondo del *zaguán* de las casas, un gran corredor vacío que conduce de la puerta que abre sobre la calle, hasta la puerta que se abre sobre los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se ampara a la casa:—hasta en las mismas habitaciones interiores se hallan las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados por espadas, de Jesús agonizante coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas, que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo,—esa flor que acaba de abrirse en su seno.—Es encantador el hogar caraqueño; todo es conmovedor, lleno de amor, de espíritu de mujer, de honestas alegrías, de tiernos encantos. Hay en él algo de ala de mariposa y de rayo de sol. Es un placer vivir allí. No es como en nuestras grandes ciudades—donde la faena ahoga al hombre y las tareas del hogar ahogan a la mujer. Es un lindo rincón de yerba fresca o un seno conmovido de mujer

siempre en espera de la cabeza fatigada del jefe de la casa.—¡Oh! ¡qué vacía, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad—ya lo hemos dicho—es bella. Continuamente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyos patios, entre grandes macetas de flores raras, un chorro de agua se eleva y cae sobre una fuente elegante, como en Sevilla. Bellas riberas, con altos bordes tapizados de oloroso verdor, serpentean entre las calles, que se prolongan en todas direcciones por sólidos puentes. Un hermoso teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia corre una anécdota de Humboldt:—“¿Cuándo regresará usted?”—le preguntaron al partir de la ciudad: “Cuando esta iglesia esté terminada”, dijo sonriendo.—Y realmente, noventa años después de su partida fue que terminaron la obra. Ramas cargadas de flores acarician todavía las paredes ruinosas de la casa donde Humboldt vivió.—Humboldt, que no olvidó jamás—“la culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas”.—Todavía se contempla, en una plaza donde los árboles, como tomados por un súbito fuego, se coronan en verano de grandes flores rojas, un reloj de sol construido por Humboldt.—Y cuando, en uno de esos ligeros carruajes que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados a la sombra amiga de los rojos y altos *bucares*, todavía puede observar una portada, sobre cuyo remate se lee, en letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del encantador lugar que fue entonces un delicioso sitio de placer:—*Sans Souci*.—La ciudad, cercada por montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un río ancho y tranquilo, por el noble Guaire:—un río de ninfas: hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche,—y aún otro, apacible como su nombre, el dulce Anauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente construido sobre el Guaire,—uno de los paseos favoritos de los caraqueños,—se divisa una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos matices, magníficamente serena: palmeras, como centinelas, se levantan sobre los campos de maíz. Sauces bordean el río murmurante.—A lo lejos, las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, al influjo poderoso del sol, sus suaves colores: y tan pronto son rojas, tan pronto amarillas, tan pronto grises, tan pronto azules.—Las vacas mugen, las cabritas saltan, los pastores, en sus ánforas de barro enrojecido al fuego, llevan la leche espumosa a su cabaña lejana.—Un carruaje nos despierta,—para recordarnos que estamos en la ciudad;—un gran encanto—el de tener tan cerca a la ciudad que roe la vida, y al campo que la repara.—Es bueno,—en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal.—

Hay otro paseo que tiene algo de maravilloso: Es el *Calvario*.—Es una colina, antes árida, enfermiza y amarillenta, donde hoy el verdor fragante desciende por sus flancos pintorescos, como un rico tapiz de pliegues colosales, sembrados por aquí y por allá de

notas vivas y chillonas:—las rosas. Al subir, por una suave pendiente, se encuentran jardines, bosquecitos, piazzetta, arroyos, frondosas arboledas, sonoras *cascadas*, platanales cargados de frutos, bambúes sonoros como arpas. Es una mezcla artística cuya mejor condición es que apenas se ve la mano del arte. Se ha hecho un jardín americano dentro de un jardín americano. Se ha mezclado el bosque a un jardín. Pocas calles; muchos árboles;—nada de vías rectas. Desde la cima, coronada por una estatua, se ve la ciudad, como un tablero de damas; el *Capitolio*, que se abre los días de fiesta nacional al público, que acude allí a ver, en los retratos colgados de las paredes, los rostros de los héroes que ama; el *Palacio Federal*, que encierra dos salas rectangulares, una para los diputados, presididos por un retrato de Bolívar, que le arrancó América del Sur a los españoles; la otra, para los senadores; donde la butaca del presidente está coronada por un cuadro histórico que representa a los hombres gigantes que firmaron, el 5 de julio de 1811, en la capilla de la iglesia de *San Francisco*, el Acta de Independencia de España. Se ve la *Casa Amarilla*, residencia oficial del Presidente de la República, frente a la *Plaza Bolívar*, en extremo bonita, en medio de la cual se levanta, sobre un pedestal de granito, el monumento ecuestre de ese héroe admirable en el que se reunieron todos los dones de la grandeza humana en el más alto grado.—Enfrente de la *Casa Amarilla*, del otro lado de la *Plaza*, una vieja iglesia levanta su torre cuadrada; coronada con una pobre estatuilla: es la Catedral, de grandes naves sombrías. Enfrente del *Palacio Federal*, la Universidad yergue sus torrecillas góticas. A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan, en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las cenizas de Bolívar,—se extiende a los pies de una gran montaña, digna sepultura de tan gran muerto. Al recoger las miradas para admirar la Luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, estas caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago,—es el Gran Teatro.—Y abandonamos este lugar encantador, vigorizados por el espectáculo de semejante belleza; y por la respiración del aire límpido y puro. Al descender, uno piensa en los guerreros indios que en estos mismos lugares, lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados con una macana contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados con espada, y con daga, y con mosquete:—y en las mujeres piadosas se piensa también, las que, por esas laderas hoy y verdeantes, subieron, andando de rodillas, con un cirio en la mano, hasta la cima de la colina, para dar gracias a Dios por haber salvado de la guerra o de la enfermedad a sus maridos o a sus hijos.

Tal es la ciudad:—tal es el país: en la naturaleza, una asombrosa belleza, espectáculos que ordenan a las rodillas a hincarse, y al alma a adorar: en los corazones de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales; una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida entre las clases elevadas;—entre las clases inferiores, una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para las

gentes pobres, vivir es vivir independientes, trabajar hasta ganar para poder comprar la *arepa*, el pan de maíz, y amar,—en el movimiento agrícola, el miedo a la guerra intestina, y a los abusos de los partidos triunfantes; en el movimiento artístico e industrial, una honorable impaciencia, sofocada por las malas leyes canónicas que ahogan las empresas; en los indios, el desprecio de la ciudad y de sus hombres, y el amor salvaje,—un amor de ostra por la concha,—a su rincón de la selva y a su cabaña miserable;—en el labrador blanco, o mestizo, la indolencia criolla y el orgullo primitivo, el desprecio al trabajo, y la pasión por el combate que distinguen a los pueblos nacientes. En la ciudad, París; en el campo, Persia. Se sabe de todo en la ciudad, y se habla admirablemente de todo: la imaginación es allí un hada doméstica: la Poesía riega flores en las cunas de los recién nacidos; la Belleza besa en los labios a las mujeres del país. Pero los hombres no tienen suficiente independencia personal, ni suficiente conocimiento de las verdaderas necesidades de su patria, para hacerla un país rico, feliz y fuerte. Una multitud de apóstoles trabaja en silencio por el mejoramiento del país; una necesidad de ciencia útil comienza a reemplazar el excesivo poder poético. Hay que esperar, y saludar a los buenos luchadores que construyen su primera línea férrea, que estudian sus costumbres, esparcen a manos llenas la instrucción pública, y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben hacer fructificar las riquezas naturales.—Todo debe esperarse de un pueblo donde la mujer es virtuosa y el hombre es honesto.—Si ellos vacilan no es